

## Un acercamiento al libro *El pasado de una esperanza: Los orígenes del Ateneo Fuente*, de Candelaria Valdés

María Candelaria Valdés Silva, *El pasado de una esperanza. Los orígenes del Ateneo Fuente*, Saltillo, Coahuila, Universidad Autónoma de Coahuila, 2005.

María de Lourdes Alvarado<sup>1</sup>

Si bien el estudio de nuestro pasado educativo es relativamente nuevo, pues sus primeros frutos se cosecharon en la década de los ochenta del siglo pasado, dicha disciplina ha gozado de cierta popularidad entre los integrantes del gremio, por lo que en el presente se cuenta con una rica producción sobre distintas materias que, además de contribuir a un mayor acercamiento a la temática educativa y cultural de México, de manera más amplia colabora a proporcionar un conocimiento más certero e integral de la trayectoria histórica del país.

La investigación sobre los colegios e institutos que fueron constituyéndose en las distintas entidades de la Federación a raíz de la Independencia no es la excepción de la regla, aunque, en términos generales, los primeros trabajos sobre el tema surgen una década más tarde. Gracias a estos esfuerzos pioneros nos es posible acercarnos a algunas facetas, prácticas e instituciones vertebrales de la vida cultural y educativa regional, sin las cuales resulta difícil, si no imposible, explicarse los procesos históricos locales.

María Candelaria Valdés Silva, en el libro *El pasado de una esperanza: Los orígenes del Ateneo Fuente*, se suma al grupo de académicos que se ha propuesto analizar, comprender y difundir algunos de los capítulos más significativos del pasado educativo de su entorno, entre los cuales destaca su interés por reconstruir la historia del Ateneo Fuente, tema de investigación de su tesis doctoral y motivo del presente libro.

Distante de las formas tradicionales y acartonadas de abordar este tipo de temáticas, fundamentalmente preocupadas en elaborar largos y tediosos inventarios de nombres, acontecimientos, planes de estudio y progra-

197

<sup>1</sup> ISUE, UNAM.

mas reformadores más o menos exitosos, la mayor parte de las veces presentados en estricto orden cronológico, Valdés nos brinda una nueva manera de hacer historia, en la que las instituciones, actores educativos y planes de estudio, entre otros factores determinantes de dichos procesos, cobran significado en cuanto partes integrantes de una sociedad y circunstancias determinadas. Así, la autora se propuso analizar e interrelacionar una serie de elementos que le han permitido obtener una visión mucho más completa que la de sus predecesores sobre esta importante institución coahuilense. Estudiar los procesos sociopolíticos que permiten explicar el origen y la trayectoria del Ateneo Fuente, los planteamientos ideales y necesidades prácticas que inspiraron su fundación y caracterizaron los diversos cambios que este instituto debió enfrentar a lo largo del periodo elegido (1867-1909), analizar las prácticas que en cada etapa caracterizaron la vida cotidiana del establecimiento, los sujetos que participaron en dicho proceso, sus vínculos con el poder, su integración al mercado laboral y su interrelación con el resto de la población son algunos de los asuntos que la autora aborda en el presente libro. Valgan las siguientes palabras como una invitación al lector para que se adentre en el rico pasado de la institución de “mayor arraigo en la sociedad coahuilense”, sin la cual es imposible comprender a la comunidad que le dio vida y la ha sostenido a lo largo del tiempo.

198

Para realizar su objetivo, Valdés Silva reconoce la existencia de un abundante legado historiográfico, conformado por algunas memorias, crónicas e historias generales sobre la institución ateneísta. Si bien como todos los escritos de este género, tales trabajos registran algunos acontecimientos y problemas significativos y brindan información documental importante, la que en muchos casos se ha extraviado, imposibilitando su consulta, y han dejado múltiples vacíos y silencios que la autora se propone llenar. Orientada por ese interés, se plantea una serie de preguntas, que le sirven como hilo conductor de su investigación, entre las que destacan las siguientes: ¿cuáles fueron las motivaciones, los debates, las experiencias y las tradiciones educativas que impulsaron la fundación del Ateneo?, ¿cuáles las circunstancias que permitieron configurarla como una institución de carácter civil a cargo del Estado?, ¿quiénes fueron los actores más significativos en su fundación y en su posterior desarrollo? y ¿cuáles fueron los elementos normativos, administrativos, programáticos y materiales que organizaron su vida institucional?

Para dar respuesta a dichas cuestiones, Valdés Silva divide su obra en tres grandes apartados, “La forja institucional”, que ubica del momento de su fundación en 1867 hasta 1880; “El auge ateneísta”, que cubre de

1881 a 1893 y, por último, “Los dilemas de la formación”, que sitúa entre los años de 1894 y 1909. Así, esta prolongada etapa de la vida ateneísta, que la escritora califica como “constitutiva” y a cuyo estudio se aboca, abarca desde el restablecimiento de la República, cuando se acrecentó la necesidad de idear nuevas respuestas al grave problema de la educación nacional y de la formación de una ciudadanía acorde con los requerimientos del régimen hasta el final del Porfiriato. Por tanto, este recorrido histórico se enmarca entre dos importantes ejes temporales: arranca con las acciones reformadoras del gobierno liberal encabezado por Juárez, las que en el estado de Coahuila condujeron a la creación del Ateneo Fuente, y finaliza con una etapa decisiva para el destino futuro de este centro educativo, la restitución de los estudios profesionales y el fin de los años de inestabilidad y crisis que, como acertadamente se documenta en esta obra, pusieron en riesgo su vocación inicial en tanto plantel de instrucción preparatoria y superior.

A través de una sólida investigación basada en las fuentes primarias y secundarias más pertinentes, entre las que destacan las de archivo y hemerográficas, lo que da cuenta de la consistencia del trabajo, la escritora va cumpliendo sus metas iniciales. A través de una prosa suelta, en la que abunda el tono nostálgico y afectivo de quien se ocupa de una institución muy cercana, ofrece algunas pinceladas del ambiente que se respiraba en el Estado hacia mediados del siglo XIX, acercando al lector a su gente, a sus costumbres, a sus calles y plazuelas y, por supuesto, a sus establecimientos educativos. Continúa su análisis, dirigiendo la mirada a los acontecimientos culturales de mayor relevancia que se experimentaron en la entidad durante los años abordados, sin dejar de atender a las circunstancias históricas –nacionales y locales– que en todos los casos les sirvieron como telón de fondo. Así, estudia y explica el contenido de la *Ley de Instrucción Pública* de 1867 del estado de Coahuila, en la que la autora destaca las coincidencias que tuvo con la que poco después se promulgaría para el distrito y territorios federales, así como el espíritu moderno que la caracterizó, en el que sobresalen el novedoso control y financiamiento por parte del erario público.

Dentro de esta última temática, alude a las fuentes de financiamiento y a las medidas adoptadas para cubrir el presupuesto que demandaba el aparato educativo estatal, así como a ciertas innovaciones que tuvieron repercusiones de carácter social, como el “sistema” de becas establecido en el Ateneo Fuente. Gracias a ello, se garantizó el apoyo económico por parte de los 27 municipios que conformaron los 5 distritos en que se dividió la entidad y, lo que resulta más significativo, la presencia de alumnos de

pocos recursos provenientes de las distintas comunidades de la región. Aunque la distribución de las becas no siempre fue justa y hubo que imponer algunas medidas que garantizaran su adecuado otorgamiento, los recursos oficiales se incrementaron con el paso del tiempo, llegando a presentarse el caso, hacia el inicio de la década de los ochenta, de que se becara a un grupo de estudiantes, entre los que incluso se encontraba una mujer, para realizar estudios en la ciudad de México.

A la par que la autora se ocupa de analizar el contexto histórico del momento, presenta al lector los pasajes más significativos de la historia del Ateneo, entre los que, por supuesto, destaca la ceremonia fundacional del mismo, la noche del primero de noviembre, de 1867, en las antiguas instalaciones del Convento de San Francisco, las que anteriormente habían servido como sede al Colegio Público. Llama la atención que este hecho ocurriera a sólo unos meses del triunfo republicano sobre las fuerzas monarquistas que defendían al Segundo Imperio, cuando en la ciudad de México apenas se discutía la *Ley Orgánica de Instrucción Pública* que, promulgada el 2 de diciembre de ese mismo año, daría vida a la Escuela Nacional Preparatoria. Es obvio, por tanto, el interés oficial, apoyado por un importante sector de la opinión pública y de la élite intelectual y profesional coahuilense identificada con el grupo juarista, por abordar de inmediato la problemática educativa de la población. Como bien se indica en el texto analizado, se trataba de propiciar el “renacimiento del Estado”, a través de la creación de un establecimiento de estudios medios y superiores que debería orientarse a la formación ciudadana y a la instrucción científica de la juventud, consignas de vital importancia para la reconstrucción del país.

200

De acuerdo con tales expectativas, una de las preocupaciones centrales de los responsables de la educación estatal y de la dirección del ateneo fue programar adecuadamente el plan de estudios del establecimiento, de lo que el presente volumen da cuenta detallada. Inspirados en las ideas positivistas en boga, se apostó por un nuevo credo, el de la ciencia, por una educación utilitaria, ajena a las viejas consignas religiosas y metafísicas, y por una formación moral y cívica sólidas, que impulsara una nueva generación de ciudadanos, comprometida con la paz y el progreso de su país y, por supuesto, de su estado.

Sin embargo, como fue común en la mayor parte de los planteles afines, ubicados en diferentes entidades federales, la deseada transformación educativa fue lenta y sufrió múltiples tropiezos y ajustes. Una cosa fueron los planes originales y otra muy distinta aquellos que lograban traducirse en hechos concretos. Por tanto, durante sus primeros años de vida, el ateneo Fuente debió transitar de una formación escolástica, vincu-

lada con los valores de una sociedad tradicional, con una institución abierta a los aires innovadores de la modernidad y con las recientes tendencias secularizadoras.

La autora no analiza aisladamente la organización académica del ateneo, sino que reconoce la influencia ejercida por la Escuela Nacional Preparatoria, destacando las coincidencias y diferencias de sus respectivos planes de estudio a lo largo del tiempo. Asimismo, recurre al mismo enfoque comparativo entre los estudios profesionales ateneístas y los de las escuelas nacionales de la ciudad capital, las cuales, como se recordará, también fueron fundadas en 1867.

Gracias a investigaciones como la que hoy nos ocupa, sabemos que, al menos inicialmente, el modelo positivista del plantel fundado por Gabino Barreda no fue reproducido automáticamente por las instituciones análogas de los estados, sino que hubo diferencias significativas en sus respectivos planes de estudio, contenidos programáticos y textos, lo que nos brinda una perspectiva distinta del flujo de ideas y esquemas académicos entre el centro y la periferia. No obstante, para el caso que nos ocupa, bajo el gobierno de Evaristo Madero, las autoridades del ateneo terminaron por ceñirse fielmente a las pautas de la Nacional Preparatoria. Incluso, la nueva *Ley Orgánica de Instrucción Pública* del estado, promulgada bajo dicha administración (1881), impuso el plan de estudios positivista en los establecimientos particulares autorizados y en los oficiales que se abriesen en otros lugares del estado. Ello da cuenta de los ajustes curriculares que con el paso del tiempo iba experimentando la instrucción coahuilense.

Otro de los aspectos que más atrae la atención de la escritora es el relacionado con la población estudiantil ateneísta. A través de los distintos apartados del libro, el lector puede recrear algunas de sus prácticas cotidianas, a la vez que conocer sus demandas académicas y políticas, las que llegaron a expresarse de manera por demás radical, como sucedió en el movimiento antirreleccionista del gobernador Garza Galán, entre 1892 y 1893. Particularmente importante son también las cifras estadísticas que nos ofrece, gracias a las cuales se puede obtener una idea más precisa del número inicial de escolares, de sus transformaciones futuras y de las carreras con mayor demanda social. Una variable informativa más que el presente texto nos permite conocer es la correspondiente a los lugares de origen del estudiantado, su perfil social, la especialidad de sus egresados, su integración al mercado de trabajo local y regional e, incluso, la ulterior incorporación femenina dentro de sus aulas, ya que inicialmente, advierte Valdés, “la enseñanza era sólo para varones”.

Sin duda, toda esta información tiene particular importancia, pues nos permite “seguir el pulso” a las distintas facetas de la vida ateneísta y, de manera paralela, acercarnos a los retos y demandas de la sociedad coahuilense de finales del siglo XIX y principio del XX.

El proceso de creación y consolidación del Ateneo Fuente no fue fácil; problemas de todo tipo obstaculizaban su desarrollo, al punto que, debido a la precaria situación que en algún momento llegó a tener, se pensó en la necesidad de cerrarlo. El libro *El pasado de una esperanza: los orígenes del Ateneo Fuente* abunda sobre algunos de ellos, situación que podemos generalizar a buena parte de las escuelas de la época, independientemente de su nivel escolar. Igualmente grave fue el deficiente estado de los inmuebles y la escasez de recursos económicos para afrontar los gastos básicos que, por supuesto, afectaban las condiciones de trabajo y los bolsillos de los profesores, al punto de que —comenta la autora— durante el primer año de actividades “algunos catedráticos ofrecieron sus servicios sin remuneración alguna, en tanto se regularizaba el soporte presupuestal y de la nómina”. Lo preocupante es que tal situación no fue un caso aislado, como podría deducirse de la cita anterior, sino que fue una constante que se agravaba periódicamente y que, como es lógico deducir, afectaba la calidad y prestigio de los estudios.

202

Dada su importancia y las trascendentes repercusiones que tuvo para la estabilidad institucional y para el destino cultural de la entidad, la escritora dedica un apartado especial a una de las mayores crisis sufridas por el Ateneo Fuente, la relacionada con el cierre de las carreras profesionales, efectuada durante la breve administración del Lic. José María Múzquiz. Entre las razones esgrimidas por el *Periódico Oficial* para justificar tal determinación, sobresale la que aducía que el gobierno no debía ofrecer más educación que la necesaria para formar buenos ciudadanos, aptos para ser útiles a la sociedad. A manera de compensación, ofrecía becar a aquellos alumnos sobresalientes para que pudieran continuar sus estudios profesionales en la capital de la República o en el extranjero, siempre y cuando optaran por carreras técnicas que beneficiaran al estado, como las de artes y oficios, agricultura e ingeniería. Pero, como reseña la autora, los cambios no quedaron ahí; un año después (1895) se clausuraba el internado ateneísta, lo que significó otro golpe más al instituto, lo cual a su vez serviría de preámbulo a nuevas transformaciones, siempre orientadas a fortalecer la formación de los técnicos que demandaba el naciente desarrollo industrial del estado. Es importante señalar que estas innovaciones eran ampliamente apoyadas por determinados sectores de la sociedad coahuilense, los que, como indica María Candelaria Valdés, celebraban la

decisión oficial de poner fin a “las fábricas de profesionistas” y de optar por “preparar hombres para las tareas de la industria y los negocios”.

El ateneo entró así a una etapa de inestabilidad que, como es lógico suponer, repercutió en sus planes de estudios y modificó hasta su misma denominación, siempre de acuerdo con la vocación académica que le adjudicaran las sucesivas autoridades. Del nombre con que tradicionalmente se le conoció pasó al de Escuela Tecnológica y Comercial “Juan Antonio de la Fuente”, en la fecha antes indicada; posteriormente asumió el de Escuela Preparatoria “Juan Antonio de la Fuente” (1902), periodo en el cual de nueva cuenta la política académica del establecimiento dio un vuelco de 180 grados, recuperando su anterior carácter propedéutico, el plan de estudios positivista de la Nacional Preparatoria, la uniformidad de este nivel de estudios para todas las carreras y la tendencia a ofrecer a los escolares una educación integral, metas absolutamente acordes con los ideales que desde la Secretaría de Justicia e Instrucción Pública proclamaba Justo Sierra. Poco después se le bautizó como Escuela Secundaria Juan Antonio de la Fuente y, finalmente, a partir de 1909, fecha en que finaliza esa etapa de prueba, así como el presente estudio, recuperó su nombre original, estableciendo de nueva cuenta las carreras profesionales.

Con estos acontecimientos se cierra el círculo narrativo de nuestra autora. Como señalamos anteriormente, gracias a esta obra podemos acercarnos al pasado de una institución que ha sido caracterizada como “el mejor establecimiento educativo de su tipo en la frontera norte del país”, a la vez que nos permite adentrarnos en algunos de los acontecimientos de la historia política local y nacional con que aquéllos se entretrajeron estrechamente. Por otra parte, a través de los altibajos, logros y fracasos institucionales de que el texto da cuenta pormenorizada, el lector puede valorar en su justa medida el importante papel desarrollado por el Ateneo Fuente en la formación de la élite política e intelectual de la localidad. Al doblar el siglo, el instituto había dotado de estudios preparatorios a un número considerable de jóvenes tanto de Coahuila como de los estados vecinos, incluso de alguno que otro proveniente de Texas. De igual manera, gracias a los estudios superiores que ofrecía, contribuyó a forjar profesionistas en diversas disciplinas, como jurisprudencia, con las ramas de notario y escribano; farmacia, medicina y teneduría de libros, así como en la preparación técnica de telegrafistas y especialistas en servicios comerciales. De acuerdo con la escritora, los egresados que reunían los requisitos para poder finalizar el ciclo de estudios profesionales, la mayor parte de los cuales provenía de los sectores más prestigiados y acomodados de la entidad, adquirirían una especie de pasaporte que les garantizaba

un futuro prometedor. Aunque reconoce que fueron muchos los que por razones académicas o sociales no lograron concretar dicha meta, la mayor o menor formación adquirida en el establecimiento los dotaba de los elementos necesarios para enfrentar exitosamente su destino.

Cerramos, por tanto, estas líneas introductorias felicitando a María Candelaria Valdés por haber abordado con tal profesionalismo una temática tan significativa para la microhistoria cultural y sociopolítica de su entorno y por haber legado a los coahuilenses y a la comunidad de estudiosos en la materia esta obra que, seguramente, será de consulta obligada para quienes pretendan adentrarse en los vericuetos del pasado de esa localidad, en especial el vinculado a sus instituciones educativas.